

"L'on trinquera,

"Chantera,

"Aimera, etc."

Caminamos alegres á la casita de M. Rève, situada á poca distancia del hotel, escondida en una quiebra de la loma que da al rio y tocando en él su precioso jardin.

Para llegar á la casa se desciende entre árboles, y se baja un alto y tendido escalon, y en el declive ó rambla que va al rio, perdida entre enredaderas y árboles frutales, circundada de vistosísimas flores, está la casita blanca con sus persianas verdes, su pórtico gracioso y sus chimeneas arrojando humo.

M. Rève llegó armando zambra, corrian á competencia sus niñas, el perro iba y venia, caracoleaba entre la gente y se empinaba sobre sus patas traseras para alcanzar el pecho de mi amigo: la señora se adelantó tambien como una chica, gritando: "*Fidel, Sr. Fidel*, muy bien venido, venga vd. aquí con sus amigos." Triple salva de palmadas y vivas nos recibieron.

M. Rève, despues de un rato de ausencia, volvió limpio, cepillado, peinado y vestido como cualquier prójimo de los que pisan alfombras y se pavonean derramando en los salones esencias de buen tono.

La casita estaba como escondida entre las flores, las piezas son pequeñas, pero reverberando de limpieza y de propiedad y buen orden.

Los amigos que me esperaban eran los mismos que en otro tiempo me llenaron de atenciones; se notaban más canas, más hondas las arrugas de la frente; pero aquellos veteranos del trabajo reian, decian sus chistes picarescos y te-

nian el corazon abierto de par en par para las expansiones de los tiernos afectos.

Hablábamos de todo, reiamos sin saber de qué; en marcha triunfal invadimos una mesita redonda en el comedor, en la que presidia, entre ramos de frescas flores, un candelabro con una pirámide de luces en el centro, y la señora y las niñas desaparecieron, no sin quedar comprometido á visitarlas al siguiente dia.

Entónces tuvo todo su vuelo la charla; hablóse del prodigioso movimiento de la poblacion. Supe allí que las relaciones con Chihuahua no se interrumpian, y que por el contrario, inmigraban muchos peones de aquellos pueblos, atraidos por la alza de sus jornales.

—¡Oh! los jornales por un lado y la leva por otro, han traído aquí muchos mexicanos.

—Por lo demás, aquí no se ha observado en todo su rigor el sistema yankee que vd. conoce. Ellos, en sus adquisiciones en otros puntos, han hecho la division de tierras; agentes y jueces dependen del Gobierno general: hácese la division, se proclama una ley de impuestos, gravando las tierras no cultivadas é imponiendo graves penas á los que no cultiven; así se verifican los robos con todo el aparato de la justicia; suele acudirse á la autoridad; la autoridad, como los jueces, deciden en favor del Estado y nace el pingüe tráfico de las tierras plumas: por ejemplo, desplumar con este procedimiento á los hacendados mexicanos, seria cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Dióse otro giro á la conversacion, se repitieron los brindis, y M. Rève, en un momento en que consideró su efecto teatral, se levantó, fué á las piezas interiores y volvió

conduciendo un hermosísimo álbum que colocó sobre la mesa.

Tenia el álbum, en las caras exteriores de la pasta, dos miniaturas deliciosas de paisajes.

—Aquí tiene vd., M. Guillermo, este álbum que está muy bonita, y que yo compra, porque vd. trabaque por mí. Yo quiere de la poesía de vd.; pero no por el vieco Rève ni por su casita, y sus niñitas y su moquier, que estás muy particular; yo quiere un versa de fantasie poetique.

—Recuerdos de la patria, decia uno.

—Recuerdos de la juventud, decia otro.

—¡Oh, no! M. Prieto; vd. me pintas un vieca muy enamorado, y botellas y muchachas bonitas, y siempre no estás contenta, porque es vieco, y porque no tiene conta el alma.

—Magnífico! Venga la pluma, déjeme poner mi tren de escribir sobre la chimenea, y allí escribo y vdes. siguen charlando, y me dan aviso cuando se trate de beber.

M. Rève, loco de contento, me surtió de lo que necesitaba, y yo, sin más ni más, abriendo el libro, dejé caer sobre sus tersas hojas los siguientes versos, en medio de los ¡hurras! los repetidos brándis y las frecuentes interrupciones:

DECIMAS.

Pedí ¡insensato! al contento

Sus goces, ¡vano delirio!

Y fué añadir el martirio

A lo intenso del tormento.

Entre el loco aturdimiento
De la fugaz alegría,
Mi placer aparecia
Cual desgarrado celaje
Esparcido en el ropaje
De la tempestad sombría.

Me brindaban con un cielo
Entre lúbricos excesos,
Mujeres que con sus besos
Iban á matar mi duelo,
Y fué amargo el desconsuelo,
Cuando las ví indiferente,
Y me hirieron hondamente
Los garfios de mi suplicio,
Aun pegando contra el vicio
Las arrugas de mi frente.

Ave de incierto destino
Que dulces cantos exhala,
Cuando entrega incauta el ala
Al revuelto torbellino,

Arroyuelo cristalino
Que su corriente serena
Va sepultando en la arena
Buscando lechos de flores,
Alma tierna y sin amores
Que se consume en la pena,

¿Por qué al Champaña espumante
Le pides olvido infiel,
Cuando lo tornas en hiel
Con ese llorar constante?

¿No miras en tu semblante
Sombras de la senectud?
¿No ves que á la juventud
Espantáras, libertino,
Viendo tuerces el camino
Al lecho del ataúd?

¡Piedad! piedad! solo pido
Con el alma dolorida,
Dar raudales de mi vida
Por una gota de olvido,
Quedar un tanto dormido
Sin que me punce el furor
De recuerdos de dolor
Que se ceban en mi daño,
Aunque le llame en mi engaño
Al opio asesino, amor.

Aguila que al cielo mira
Herida y de luz bañada,
Y es más triste su mirada
Si mirando al sol espira;
Rama que en los mares gira
Al vago soplar del viento,

Y es en su luchar violento,
Sobre las olas infieles,
Recuerdo de los verjeles
Que fueron nuestro contento.

Me escuchas ¡oh jóven bella!
Y á mí tu voz no se atreve,
Porque te convierte en nieve
Lo acerbo de mi querella.

Acércate y atropella
Mi dolor con tu alegría,
Dime mi bien, vida mia,
Deja besar tu cabello,
Deja que esconda en tu cuello
Mi semblante y mi agonía.

Vibra en tu cútis la vida
Como en pétalos de rosa,
Con el iris luminosa
Gota de agua suspendida.

Deja el alma enloquecida
Adormecerse en tu encanto,
Deja que me envuelva el manto
Que receloso te viste
Tiemblas, ¡ay! fué que sentiste
Sobre tu cuello mi llanto!

Sí, tiembla! tiembla, mujer!
 Torna mi llanto irrisión,
 Que profana la ilusión
 El que degrada el placer.
 Vende el mágico poder
 De tus auroras tempranas,
 De tus caricias livianas,
 De tu hechizo, de tu rango,
 A quien no arrastre en el fango
 La santidad de las canas.

Deja que la vieja encina,
 De su follaje entre el velo,
 Descubra con luz divina
 Pedazos de azul de cielo,
 Deja con su triste duelo
 A mi corazón desierto,
 Deja que mi labio yerto
 Gima por la airada suerte,
 Porque puedo sorprenderte
 Con las caricias de un muerto.

¡Oh! no, vivir es gozar,
 Y son bellos, alma mía,
 Los cánticos de la orgía
 Cuando gime airado el mar.
 Dulce me será espirar
 Del contento en el exceso,

Contemplando tu embeleso
 Y exhalando enloquecido
 El alma, no en un gemido,
 Sino en la llama de un beso.

Venga la dicha suprema
 Que la locura desata . . .
 Pero tu contacto mata
 Y esa mirada me quema.
 Maldición, odio, anatema,
 Son tu mirar y tu aliento;
 En tí busqué aturdimiento
 Porque estaba delirando,
 Y miro que estoy llorando
 Del dolor de mi tormento.

G. PRIETO.

No es describible el entusiasmo de mis amigos y las expresiones de gratitud de M. Rève, quien ofreció que nadie más escribiría en aquel libro, que él había comprado como una cajita de oro para guardar un recuerdo de M. Guillermo.

Después de las doce de la noche, y cuando las calles estaban totalmente oscuras, volví al hotel, donde hallé á Francisco muy preocupado con la cuestión del viaje.

En efecto, todas las facilidades que se ofrecen al viajero para trasportarse; toda la conciencia que adquiere de que está en vecindad inmediata y como unido á cualquier punto de los Estados- Unidos; la misma idea de la distancia que se limita y se borra al frente de una vía férrea, desaparecen

luego que los vehículos escasean y que la corriente de transeuntes queda como arremolinándose y buscando salida por el conducto reducidísimo de un carro, un coche de colleras ó un guayin, como aquí sucede.

El guayin hacia viajes dos veces por semana y tardaba en su correría de treinta y seis á cuarenta horas, de San Antonio á Piedras Negras, tocando en *Fort Clark* por una molestísima desviación.

El guayin de Texas es como los que conocemos, de nueve asientos estrechísimos, con sus cortinas embreadas, su pescante y su estructura de cajón.

Pero uno es describir el mueble, y otro pasar en él treinta y seis horas mortales, en aquella prision rodante.

De todas maneras, la suerte quiso que demorásemos nuestra marcha por falta de vehículo, y así, no hubo más que aperechugar con la situación y pasar el tiempo lo ménos mal que fuese posible.

Entre las visitas que nos honraron, recibimos la de M. Douay, antiguo amigo de mi familia, persona de clarísima inteligencia y de excelente corazón.

La conversacion de M. Douay nos convenció de la necesidad de sostener en San Antonio activos agentes mercantiles, de que fuesen familiares á nuestros hombres públicos los periódicos de Texas, haciendo que se leyesen en las Cámaras, en las Bibliotecas, etc.; y recogí datos de mi amigo, que pienso utilizar en mis estudios económicos.

A las cuatro de la tarde, el Sr. Leal estaba en nuestro hotel con el objeto de presentarnos á su familia.

Compónese la familia del Sr. Leal, de su señora, un jóven de veinticinco años y una elegante y hermosa señorita.

La familia es netamente mexicana: desatóse la parvada de recuerdos de México, aleteando contenta y llevándonos por todos los lugares más gratos á nuestro corazón.

En el interior de la casa se ven flores por todas partes, cuadros con vistas de México, retratos de mexicanos notables amigos de la familia; y por aquí tejidos de gancho, por allá canastitas de abalorio en los estantes, los trastos con la simetría que suelen colocarse por nuestras señoras en el tinajero, coqueteando la loza de Guadalajara y la de Zinzunza, como representando orgullosa la nacionalidad de la familia.

La señorita cantó y tocó el piano con rara habilidad, el Sr. Leal hablaba de sus viajes y de las campañas de los indios, el chico nos quería instruir del estado actual de Texas, y la señora y yo traíamos al retortero memorias de épocas felices en nuestra patria y entre las personas que nos eran más queridas.

A la caída del sol vino un carruaje por nosotros; las señoras nos hicieron compañía y salimos á recorrer los alrededores de la ciudad.

Ya hemos dicho que la transformación ha sido completa: toda la orilla del río la bordan arboledas y jardines, fincas de campo y estancias deliciosas; por todas partes deja sus huellas la abundancia y la paz, y en algunos puntos parece que ha servido de abono la extinguida miseria, para que aparezca más hermosa y floreciente la población.

La visita del Sr. Leal nos fué en extremo grata.

Entre tanto, á nuestro regreso al hotel se nos dió parte de que quedaban allanadas todas las dificultades, y que dentro de tercero día partiríamos para *Piedras Negras*.